

Wilkie Collins

La Piedra Lunar

Traducción de Miguel Ángel Pérez Pérez



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *The Moonstone*

Primera edición: 2015

Segunda edición: 2020

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth

Diseño cubierta: Manuel Estrada

Ilustración de cubierta: Ingres: *La Gran Odalisca* (detalle). Museo del Louvre, París.

© ACI / Bridgeman

Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



PAPEL DE FIBRA
CERTIFICADO

© de la traducción: Miguel Ángel Pérez Pérez, 2015

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2015, 2020

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15;

28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9181-765-9

Depósito legal: M. 36.054-2019

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 9 Prefacio
- 11 Prefacio a la presente edición
- 13 Prólogo. El asalto de Seringatapam (1799)

LA HISTORIA

- 25 Primer periodo. La desaparición del Diamante (1848).
El relato de los hechos a cargo de Gabriel Betteredge,
mayordomo al servicio de lady Julia Verinder
- 263 Segundo periodo. El descubrimiento de la verdad
(1848-1849). La narración de los hechos por medio de
varios relatos
- 265 *Primer relato.* A cargo de la señorita Clack, sobrina del
difunto sir John Verinder
- 357 *Segundo relato.* A cargo de Mathew Bruff, abogado de
Gray's Inn Square
- 388 *Tercer relato.* A cargo de Franklin Blake
- 514 *Cuarto relato.* Extraído del diario de Ezra Jennings
- 558 *Quinto relato.* En el que Franklin Blake retoma la
historia
- 580 *Sexto relato.* A cargo del sargento Cuff
- 594 *Séptimo relato.* En forma de carta del señor Candy
- 597 *Octavo relato.* A cargo de Gabriel Betteredge

Índice

- 601 Epílogo. La recuperación del Diamante
- 603 1. La declaración del subordinado del sargento Cuff
(1849)
- 605 2. La declaración del capitán (1849)
- 607 3. La declaración del señor Murthwaite (1850)

Prefacio

En algunas de mis anteriores novelas, mi propósito era analizar la influencia de los hechos en el carácter de los personajes. En ésta, el proceso es a la inversa. Aquí he intentado analizar la influencia del carácter de los personajes en los hechos. El comportamiento de una joven ante una emergencia inesperada es la base a partir de la cual he construido este libro.

He tenido muy presente el mismo propósito al crear a los demás personajes que aparecen en estas páginas, en las que se muestra que lo que piensan y hacen según las circunstancias que los rodean es a veces lo correcto y otras no, como muy probablemente hubiese ocurrido en la vida real. Sea el correcto o no, su comportamiento es el que asimismo siempre rige la evolución de las partes de la historia en las que ellos están directamente implicados.

En el caso del experimento fisiológico que ocupa un lugar destacado en las escenas finales de *La Piedra Lunar*, de nuevo me he guiado de acuerdo con el mismo principio. Después de haber determinado –no sólo consultando libros, sino también a autoridades en la materia en ejercicio– cuál sería verdaderamente el resultado de ese experimento, no he querido aprove-

charme de la prerrogativa del novelista de imaginarse lo que podría haber sucedido, y, en su lugar, he planeado la historia de manera que se desarrolle a partir de lo que de verdad habría sucedido, y puedo asegurar a los lectores que eso es lo que se narra en estas páginas.

En cuanto a la historia del Diamante, tal y como aquí se presenta, he de reconocer que en algunos detalles importantes está basada en lo que se cuenta de dos de los diamantes que pertenecen a la realeza europea. La espléndida piedra que adorna la parte superior del cetro imperial ruso fue en su momento el ojo de un ídolo hindú¹. También se cree que el famoso Koh-i-Noor² era una de las gemas sagradas de la India, y, lo que es más, que pesa sobre él la maldición de que acaecerá alguna desgracia a quien le dé otro uso que no sea el suyo ancestral.

Gloucester Place, Portman Square

30 de junio de 1868

1. Se trata del diamante Orloff, del que se dice que era el ojo de una estatua de un templo hindú que un francés robó hacia mediados del siglo XVIII y vendió al conde Orloff, quien se lo regaló a Catalina la Grande de Rusia.

2. Diamante indio que pasó a formar parte de las joyas de la corona británica cuando fue regalado a la reina Victoria en 1850.

Prefacio a la presente edición

La Piedra Lunar se escribió en unas circunstancias que, a juicio de este autor, confieren al libro un interés muy particular.

Cuando esta obra estaba todavía publicándose por entregas en Inglaterra y en los Estados Unidos, y no había completado más de un tercio de ella, padecí al mismo tiempo la aflicción más triste de mi vida y la enfermedad más grave que haya sufrido jamás. Mientras mi madre agonizaba en su casita del campo, yo quedé postrado en Londres por la tortura de un ataque de gota reumático que me dejó las piernas inútiles. Pese a esa doble calamidad, no dejaba de tener presente mi obligación con el público. Mis buenos lectores de Inglaterra y los Estados Unidos, a los que nunca había fallado, aguardaban su entrega semanal de la nueva historia. Así pues, seguí con ésta, tanto por mi bien como por el de ellos. Cuando me lo permitía la pena y me remitía ocasionalmente el dolor, dictaba desde la cama la parte de *La Piedra Lunar* que ha demostrado ser la que más entretiene al público, el «Relato de la señorita Clack»¹. No voy a decir nada del sacri-

1. Que es la parte que Collins después más revisó para la publicación definitiva del texto en forma de libro tras las entregas originales. El

ficio físico que me costó ese esfuerzo. Ahora sólo recuerdo el bendito alivio que me supuso esa ocupación, pese a ser forzada. La creación artística, que siempre había sido el orgullo y satisfacción de mi vida, se convirtió más que nunca en «de por sí su mayor recompensa»¹. Dudo que hubiese llegado a vivir lo bastante para escribir otro libro si la responsabilidad de la publicación semanal de esta historia no me hubiera obligado a recobrar mis menguantes energías de cuerpo y mente: a enjugar mis inútiles lágrimas y vencer mis inmisericordes dolores.

Una vez completada la novela, aguardé a ver la acogida que le daba el público con una inquietud que nunca había tenido antes, ni he tenido después, por la suerte de cualquier otro libro mío. Si *La piedra lunar* hubiese fracasado, mi disgusto habría sido en verdad muy grande. Sin embargo, la historia gozó de un buen recibimiento, tan inmediato como generalizado, en Inglaterra, los Estados Unidos y el continente europeo. Nunca he tenido mejor razón que la que me ha proporcionado esta obra para estarle agradecido a los lectores de novelas de todas las naciones. Por todas partes mis personajes hicieron amigos y mi historia suscitó interés. Por todas partes el favor del público hizo caso omiso de mis fallos y me recompensó con creces por el duro esfuerzo que estas páginas me habían exigido en esa oscura época de enfermedad y profunda pena.

Sólo me queda por añadir que la presente edición ha contado con el beneficio de una meticulosa revisión por mi parte. Con ella he hecho todo lo que estaba en mi mano para que el libro siga siendo digno de la ininterrumpida aprobación de los lectores.

W. C.

Mayo de 1871

autor empezó a tomar láudano (un extracto de opio) para aliviar el dolor, y terminó por hacerse adicto. Su gota se volvió crónica.

1. La cita es de William Hazlitt (1778-1830), literato inglés.

Prólogo

El asalto de Seringatapam (1799)

Extraído de un documento familiar

1

Dirijo estas líneas, que escribo en la India, a mis parientes de Inglaterra.

Mi propósito es explicar la razón por la que le retiré el saludo a mi primo John Herculastle. La discreción que he mantenido sobre este asunto hasta la fecha ha sido malinterpretada por algunos miembros de mi familia, cuya buena opinión de mí no quiero perder. Así pues, les pido que pospongan su decisión hasta que hayan leído mi relato. Y afirmo por mi honor que lo que estoy a punto de escribir es la pura verdad.

La desavenencia entre mi primo y yo tuvo su origen en un importante suceso en el que ambos participamos: el asalto de Seringapatam, a las órdenes del general Baird, el cuatro de mayo de 1799¹.

Para que se puedan entender los hechos con claridad, debo retroceder un momento al periodo previo al asedio, y a las his-

1. La toma de la ciudad de Seringapatam (o Srirangapatna) fue un paso importante en la dominación colonial británica de la India.

torias que circulaban en nuestro campamento sobre el tesoro en joyas y oro que albergaba el palacio de Seringapatam.

2

Una de las historias más estrambóticas era sobre un Diamante Amarillo, una gema famosa en los anales de la India.

De acuerdo con la crónica más antigua que se conoce, la piedra estaba colocada en la frente del dios hindú de cuatro brazos que representaba a la luna. En parte por su peculiar color, y también por una superstición que afirmaba que sentía el influjo de la deidad a la que adornaba, por lo que ganaba o perdía brillo según la luna estuviera en fase creciente o menguante, recibió el nombre por el que se le sigue llamando en la India a día de hoy, «la Piedra Lunar». Tengo entendido que una superstición similar existió en su momento en las antiguas Grecia y Roma, aunque no se refería a un diamante consagrado al servicio de un dios como en la India, sino a una piedra semitransparente del orden inferior de las gemas que se creía que también estaba sometida al influjo de la luna, de la que asimismo tomaba el nombre por la que todavía la conocen los coleccionistas de nuestra época.¹

Las peripecias del Diamante Amarillo empiezan en el siglo XI de la era cristiana.

Por aquel entonces, el conquistador mahometano Mahmud de Gazni atravesó la India, tomó la ciudad santa de Somnath y despojó de sus tesoros a su famoso templo, que era desde hacía siglos santuario de la peregrinación hindú y maravilla del mundo oriental.

De todas las deidades a las que se adoraba en el templo, sólo el dios de la luna se salvó de la rapacidad de los conquistadores

1. Dichas piedras son las selenitas o espejuelos.

mahometanos. Tres brahmanes protegieron a la deidad intocable que llevaba el Diamante Amarillo en la frente y, de noche, se la llevaron a la segunda de las ciudades sagradas de la India, Benarés.

Allí se dispuso y se adoró al dios de la luna en un santuario nuevo; en una gran estancia cuyas paredes estaban incrustadas con piedras preciosas y el techo descansaba sobre columnas de oro. Allí, la noche que se terminó de construir ese templo, Visnú el Preservador se apareció en sueños a los tres brahmines.

Ese dios infundió su aliento divino en el Diamante de la frente del ídolo. Y los brahmines se arrodillaron y ocultaron sus rostros en sus túnicas. El dios les ordenó que, de ahí en adelante, la Piedra Lunar fuese vigilada hasta el fin de los tiempos por tres sacerdotes que se turnarían día y noche. Y los brahmines lo escucharon y acataron su voluntad con una reverencia. El dios predijo desgracias para el mortal que osase poner las manos en la gema sagrada, así como para todos los de su casa y su sangre que la recibieran después de él. Y los brahmines hicieron que la profecía fuese escrita en letras doradas sobre las puertas del santuario.

Pasaron los años y, generación tras generación, los sucesores de los tres brahmines siguieron vigilando día y noche su inestimable Piedra Lunar. Pasaron los años hasta que, a principios del siglo XVIII de la era cristiana, llegó el reinado de Aurangzeb, emperador de los mogoles. Bajo su mando, se volvieron a asolar y saquear los templos dedicados al culto de Brahma. El santuario del dios de cuatro brazos quedó profanado por la matanza de animales sagrados, se destrozaron las imágenes de las deidades y la Piedra Lunar fue robada por un oficial de alto rango del ejército de Aurangzeb.

Al ser incapaces de recuperar su tesoro perdido por la fuerza, los tres sacerdotes guardianes se camuflaron para poder seguirlo y vigilarlo. Las generaciones se sucedieron una tras otra;

el guerrero que había cometido el sacrilegio pereció de forma lamentable; la Piedra Lunar fue pasando de una mano mahometana infiel a otra (llevando su maldición consigo), y aun así, pese a todas las vicisitudes y cambios, los sucesores de los tres sacerdotes guardianes continuaron su vigilancia mientras esperaban que llegase el día en que Visnú el Preservador tuviese a bien devolverles su gema sagrada. Pasó el tiempo hasta llegar a finales del siglo XVIII de la era cristiana. El Diamante cayó en poder de Tipu, sultán de Seringapatam, quien mandó que lo añadiesen como adorno a la empuñadura de una daga y que ésta se guardase entre los tesoros más selectos de su armería. Incluso entonces, en el propio palacio del sultán, los tres sacerdotes guardianes siguieron velándolo en secreto. Había tres oficiales al servicio de Tipu, de los que nadie sabía nada, que se habían ganado la confianza de su señor al abrazar, o fingir que abrazaban, la fe musulmana; y, según se decía, esos tres hombres eran los sacerdotes disfrazados.

3

Ésa era la descabellada historia sobre la Piedra Lunar que corría por nuestro campamento. No es que nos impresionara mucho a ninguno, si exceptuamos a mi primo, cuya pasión por lo portentoso lo indujo a creerla. La noche anterior al ataque a Seringapatam, se enfadó de la manera más absurda conmigo y unos cuantos más porque considerábamos que se trataba de una mera fábula. Hubo entonces una riña estúpida, en la que Herculano se dejó llevar por su desafortunado temperamento. Afirmó, a su modo jactancioso, que veríamos el Diamante en su dedo si el ejército inglés conseguía tomar Seringapatam. Esa salida suya fue recibida con sonoras carcajadas, y ahí quedó la cosa, o eso pensamos todos esa noche.

Pasemos al día del asalto.

Al principio mi primo y yo íbamos cada uno por nuestro lado. No lo vi en ningún momento mientras vadeábamos el río, ni cuando plantamos la bandera inglesa en la primera brecha que abrimos o cruzamos el foso que había a continuación y, combatiendo metro a metro, entramos en la ciudad. Ya anocheceía cuando nos apoderamos del lugar y cuando, después de que el propio general Baird hallase el cadáver de Tipu debajo de una pila de otros caídos, nos encontramos Herculane y yo.

Nos asignaron a los dos a un destacamento que envió el general para frenar el saqueo y el caos que siguieron a la conquista. Los civiles que acompañaban a nuestra tropa cometieron todo tipo de excesos deplorables, y, lo que es peor, hubo soldados que consiguieron acceder por una puerta sin vigilancia al tesoro de palacio y arramblaron con montones de oro y joyas. Mi primo y yo coincidimos en el patio del exterior del tesoro, donde debíamos imponer disciplina a nuestros soldados. Me di cuenta enseguida de que el exaltado temperamento de Herculane se había ido desquiciando hasta caer en una especie de delirio frenético como consecuencia de la terrible matanza que acabábamos de vivir. En mi opinión, no se hallaba en condiciones de desempeñar la tarea que le había sido encomendada.

Había bastante descontrol y confusión en el tesoro, pero no vi violencia. Los hombres se deshonraban con jovialidad, si se me permite la expresión. Intercambiaban entre ellos toda clase de bromas de mal gusto y muletillas, y de pronto volvió a surgir la historia del Diamante en forma de chanza maliciosa. «¿Quién tiene la Piedra Lunar?» era el grito burlón que hacía que, en cuanto deteníamos el saqueo en un sitio, comenzara al momento en otro. Mientras yo seguía inútilmente intentando restablecer el orden, oí unos alaridos espantosos procedentes del otro lado del patio y de inmediato fui corriendo hacia allá, temiéndome que se hubiera iniciado un nuevo pillaje en esa dirección.

Llegué a una puerta abierta ante la que yacían los cadáveres de dos indios, que por sus ropas supuse que eran oficiales de palacio.

Oí dentro un grito y entré a toda prisa en la estancia, que parecía ser una armería. Un tercer indio, herido de muerte, caía en ese momento a los pies de un hombre que me daba la espalda. Éste se volvió al entrar yo y vi que se trataba de John Herncastle, que tenía una antorcha en una mano y una daga que goteaba sangre en la otra. Al girarse hacia mí, una piedra, que era como un pomo al final de la empuñadura de la daga, lanzó un destello como de fuego a la luz de la tea. El indio moribundo, de rodillas, señaló la daga que sostenía Herncastle y dijo en su lengua:

—¡La Piedra Lunar se vengará de ti y de los tuyos!

Y después de pronunciar esas palabras, se desplomó muerto.

Antes de que yo pudiese hacer nada, aparecieron los hombres que me habían seguido por el patio. Mi primo fue a su encuentro como un loco.

—¡Despeja la habitación —me gritó—, y pon una guardia en la puerta!

Los hombres retrocedieron al verlo abalanzarse sobre ellos con la antorcha y la daga. Puse dos centinelas de mi compañía en los que podía confiar a custodiar la entrada. El resto de esa noche no volví a ver a mi primo.

A primera hora de la mañana, como no cesaba el saqueo, el general Baird anunció públicamente entre redobles de tambor que se ahorcaría a cualquier ladrón al que se cogiera en flagrante, fuera quien fuese. Estaba presente el jefe de la policía militar para demostrar que el general hablaba en serio; y después de la proclama, Herncastle y yo nos encontramos de nuevo entre la multitud que se había congregado para escucharla.

Dándome los buenos días, él me ofreció la mano como siempre, pero yo no se la estreché de inmediato.

–Dime primero –le pedí– cómo murió el indio de la armería, y qué significaban esas últimas palabras tuyas que dijo mientras señalaba la daga que tenías en la mano.

–Supongo que el indio halló la muerte por una herida mortal –replicó Herncastle–. En cuanto al significado de sus últimas palabras, lo desconozco tanto como tú.

Lo observé detenidamente. Su frenesí del día anterior había remitido por completo. Decidí darle otra oportunidad.

–¿Es eso todo lo que tienes que decirme? –le pregunté.

–Sí, eso es todo –contestó.

Le dí la espalda y desde ese día no hemos vuelto a hablar nunca.

4

Espero que se entienda que lo que escribo aquí sobre mi primo (a menos que surgiera alguna vez la necesidad de hacerlo público) es únicamente para información de la familia. Herncastle no ha dicho nada que justifique el que yo hable con nuestro oficial al mando. En más de una ocasión se han burlado de él quienes recuerdan su exabrupto sobre el Diamante de la noche antes del asalto; pero, como es fácil de suponer, las circunstancias en las que lo sorprendí en la armería siempre lo llevan a guardar silencio. Según dicen, ahora quiere cambiarse de regimiento, y reconoce que es para alejarse de mí.

Sea cierto o no, me cuesta decidirme a acusarle, y creo que me asisten buenas razones. Si lo denunciara públicamente, las únicas pruebas de las que dispongo son de índole moral. No sólo no tengo ninguna de que él matara a los dos hombres de la puerta, sino que ni siquiera puedo afirmar que matase al de dentro, puesto que no lo vi cometer ese crimen. Cierto es que oí las palabras del indio moribundo, pero en el caso de que se concluyese que sólo fueron un desvarío delirante,

¿cómo podría yo contradecir ese dictamen con lo que sé? Así pues, que nuestros parientes de ambos bandos se formen su propia opinión a partir de lo que he escrito aquí, y decidan por sí mismos si la aversión que le tengo a ese hombre está fundada o no.

Aunque no le doy ningún crédito a la fantásiosa leyenda india de la gema, he de reconocer, antes de concluir, que albergo mi propia superstición al respecto. Tengo la convicción –o el extravío, lo mismo me da– de que el crimen trae consigo su propia desgracia. No sólo estoy seguro de que Herncastle es culpable, sino que incluso tengo la descabellada idea de que vivirá para lamentarlo si se queda el Diamante, y de que, si se lo entrega a otros, ellos también lo lamentarán.

La historia

Primer periodo

La desaparición del Diamante (1848)

El relato de los hechos a cargo de Gabriel Betteredge,
mayordomo al servicio de lady Julia Verinder